

que dignifica, la luz que ennoblece, la luz que «sacrifica»; desterramos el lenguaje procaz y cínico de la impudicia; vigilemos, vigilemos a la juventud; hagámosla que huya de los centros de perversión ó por lo menos peligrosos, y llevémosla á donde encuentre diversión y solaz lo agradable y lo útil; esforcémosnos todos, autoridades y gobernados, los que dirigen y los dirigidos, los pensadores y los propagandistas, los que brillan y los modestos, en arrojar á borbotones sobre las muchedumbres «puñados» de paz, de tranquilidad, de confianza, de amor al deber y á la justicia, de instrucción moral y de educación... y Dios hará el resto.

DE VUELTA A LA ALDEA

Coincidiendo con los últimos destellos del sol poniente, van llegando á la aldea en la tarde del domingo «las labores» que empiezan á comunicar nuevamente á aquellos lugares la animación que perdieron veinticuatro horas antes.

Las diferentes casas de la quintería, van siendo ocupadas otra vez, poco á poco: primero, lo es aquella que se alza al lado derecho del camino; luego, otra situada enfrente, y más tarde y con breves intervalos de tiempo, lo son la mayor parte de ellas.

Resulta pintoresco y entretenido el observar como los mozos, no bien llegados, se dedican con presteza á introducir en las rústicas viviendas los diferentes útiles que constituyen su abigarrada impedimenta, y sólo dan por terminada aquella faena cuando ya únicamente quedan en el campo el carro escueto y los pesados timones de los arados.

Y después, mientras unos gañanes «bajan al agua» con sus yuntas, entonando alegres cánticos, otros se ocupan diligentes, allá en el hogar, en preparar «el sjo» que ha de servirles de frugal cena.

Y en tanto, los solteros, pensarán en sus hermosas lugareñas, que han tenido que dejar para reanudar el trabajo, y aun recordarán con embeleso las últimas palabras que con «ellas» cruzaron en el pueblo, antes de encaminarse á casa del «amo» «á enganchar»...

Otros, cuya existencia cambió de

aspecto al contraer nupcias, discurrirán sobre la suerte y porvenir de su prole, que acariciaron, llenos de paternal cariño, al dejar momentos antes las humildes casitas, tan aseadas como reducidas, y en las que madres cuidadosas, crían solícitos á los pequeñuelos.

Tampoco faltará algún labriego, de los más granados, que al contemplar los rostros de sus compañeros, y al adivinar qué clase de ideas bullen en sus cerebros, sonría amargamente, con la sonrisa del excéptico y recordando los días de su pasada juventud, reflexione á su manera, pero con perfecto conocimiento de la realidad, sobre la inconstancia de las dichas terrenas, perdidas no bien llegan á alcanzarse.

Y mientras las sombras de la noche envuelven á la aldea en sus negros crespones, los pacíficos gañanes se entregarán tranquilos en sus improvisados lechos al cotidiano reposo, después de haber alimentado sus cuerpos con la frugal cena, y de haber discurrido largamente sobre las cosas que más preocupen á cada uno.

ANTONIO GALÁN.

EVOCACIÓN?

Contigo hablando hace días
Me dijiste no podías
Corresponder á mi amor,
Porque en plazo no muy largo
Dejabas el mundo amargo
Para consagrarte á Dios.

Que tu firme pensamiento
Era entrar en un convento
Para del jamás salir;
Y vivir allí sin pena
Vida plácida y serena
Hasta la hora de morir.

Al principio sorprendido
Quedé, pues nunca había oído
Tuvieras tal evocación,
Y tienes tan pocos años
Que aun no caben desengaños
En tu joven corazón.

Yo te dije, niña mía,
Que del mundo aun no podía
Tu intelecto bien formar
Juicio exacto, porque eres
Cándido ser de los seres,
Que ahora empiezas á soñar.

amigo;—hoy todo eso pasó, hoy tienes una mujer amante cual ninguna, y...

—Sí, es cierto;—repuó mi amigo—y aún hay más; quiero que sepas el modo cómo me convení de que hubiera alguien en el mundo que pudiera amarme, no por mis millones, sino por mí mismo, por lo que yo era; no por el brillo que me rodeaba. Antonio, de quien ya hablé, había tomado con empeño el procurarme en el número de mis relaciones la ansiada compañera de mi vida. Cumpliendo su cometido, me dió á conocer una excelente joven, en la cual algunas veces se habían fijado interesadamente mis ojos, sin que viera en ella la más mínima señal de correspondencia; esto me hacía pensar que aquella en la que creía yo ver las ansiadas cualidades, no hacía de mí el mejor aprecio.

Pero Antonio me aseguró una y mil veces que aquella joven modesta y reservada era precisamente la única que en su corazón estimaba las cualidades de Luis Carrillo, aparte de sus millones y del aplauso que entonces obtenía.

Le pedí la prueba, y me propuso lo siguiente, que acepté con júbilo.

—Decídete—me dijo—á perder por unos días tus millones; á aparentar ante

Que hace poco eras capullo
Que de los quince al arrullo
Te has trocado en linda rosa,
Como de la larva pálida
Sale después la crisálida
Y de ésta la mariposa.

Eres de niña seductora
Te hallas convertida ahora
En la más bella mujer,
Que el poeta allí en su mente
En noches de fiebre ardiente
Extático pudo ver.

Que tu sin igual belleza
Que ahora á florecer empieza
Te depara triunfos mil;
Que tus ojos seductores
Pueden ser fuente de amores
Que hagan á un hombre feliz.

Que si al fin haces tu gusto
Y entras en algún convento
Convento, entonces será
Cuando vida de mi vida!
Quede sin tener egida,
Sin sol que me alumbré ya.

EMILIO BERNABEU.

CUENTO

EL HÉROE

(Conclusión.)

La estrecha vereda llena de fango y baches solamente presentaba algunos trechos soleados por falta de arboleda; á un lado y á otro se extendía la selva virgen forrada de arbolillos altos, delgados, cubiertos de parásitos y entrelazados por bejuco; masticábase el suelo de verdes frondas salpicadas de sucia hojarasca. Como una gigantesca serpiente gris, se deslizaba, silenciosa, una columna marchando de á uno, dejando claros desiguales entre hombre y hombre, que hacían aparecer aún más larga aquella hilera inacabable prolongada por la desperdigada impedimenta... Muchos soldados habían ya dejado entre el duro fango sus zapatos gastados en la marcha; algunos arrastraban sus pies ensangrentados; todos iban cubiertos de sudor y barro... De pronto un viento densamente frío y húmedo pasó anunciando la lluvia, cuyo rumor se oía más fuerte por momentos... A poco el agua caía oblicuamente azotando los rostros, caiendo las mantas de los soldados y los impermeables de los oficiales; los caballos y los mulos, molestos, intentaban volver grupas, marchando sólo á fuerza de castigo contra viento y lluvia; los soldados acentuaban sus esfuerzos, decaídos por aquel día de marcha, entorpecidos á última hora por el violento aguacero... Y la

marcha seguía, siempre adelante, sin que los silbidos reglamentarios alegrasen los pechos con la esperanza del descanso. Se temían las imponentes y repentinas crecidas del Zaza.

Al fin sonaron claros, distintos y alegres, aquellos silbidos preludio del descanso... El Zaza, amenazante, grueso, con rapidez de torrente, impedía la marcha.

Al siguiente día comenzó un tiroteo intermitente y poco intenso, que se hizo más rudo hacia el atardecer, finalizando con el crepúsculo; recomenzando intenso y continuo al despuntar la aurora del siguiente día; resonaban multiplicadas por el eco de los montes las descargas cerradas de los máusers; se oía el tiroteo de los rebeldes, sus gritos injuriosos, sus imprecaciones sangrientas, y entre todos éstos ruidos, como una protesta, claros y distintos, sobresalían los gritos quejumbrosos de los heridos... las camillas pasaban... una bala explosiva reventando en la mano de un camillero le detrozó los nervios y le astilló los huesos; el misero cayó de espaldas lanzando gritos de espanto y dolor al tiempo que el herido, desahogado, las vendas por el golpe, sentía abiertos los agujeros por donde en un manantial de sangre se escapaba la vida y protestó con un lamento agónico, imperceptible... raliuchos dolorosos, casi humanos, se mezclaban también al dolor. El jefe, serio y grave, seguido de un cornetilla, pasó á galope recorriendo las filas diezmaradas por el mortífero fuego de un enemigo siempre mayor que, allá, en la linde del bosque, mostraba «sus filas señalés por el color blanco de las guayabaras. Refrenó su caballo cerca del comandante y se cruzaron estas frases:

—Sería preciso dar á conocer nuestra situación, demasiado difícil.

—Y quién cruza ese río?

—Yo!—replió una voz.

—¿Tú?—dijo, frunciendo el ceño el jefe.

—Sí, señor; nadie como yo sabe nadar en la columna.

Con el crepúsculo, anuncio del rápido venir de la noche, cesó el combate, y en sus propios puestos, confiando en los centinelas y oficiales de cuarto, ambos campos se entregaron al reposo.

A media noche, cuando la pálida luna esparcía en torno su blanca claridad, á presencia de los dos jefes, el corneta Langostilla, llevando en su cabeza la ropa, hendía la corriente impetuosa del río; cuando parecía vencido por ella, un nuevo peligro se mostraba; ya un tronco de copulento árbol amenazaba herirle; ya un cocodrilo de escamosa piel le miraba con sus pupilas verticales... al fin abajo; muy abajo, tomó tierra, casi por frente de la línea cubana. Vistióse rápidamente y, procurando ocultarse, avanzó hacia la oscura manigua, cuando rompió el silencio de aquella noche el «Quién va?» de una avanzada enemiga; retrocedió entonces Langostilla metiéndose nuevamente en el agua; pero una descarga sonó y Langostilla, herido, fué en-

mi capital no había llegado á ser efectiva; sino muy probable, ante el mal aspecto de los negocios que mejoraron, asegurando mi tranquilidad y la dicha de poder rodearla de cuantas comodidades ambicionaba mi cariño...

Calló Luis; y al ver aún en su rostro marcadas huellas de inquietud, traté de cambiar la conversación después de felicitar con íntima sinceridad á mi amigo, pues no podía vislumbrar á través de tan conmovedora historia cuál podía ser el motivo de su recelo y de sus «crueles» dudas. Me pareció descubrir en el borrazón del pobre Luis un fondo de incredulidad é indecisión recelosa que amargaba aquel carácter por otro lado tan bueno, hasta el punto de impedirle gustar tranquilo el afecto de aquellas personas de cuyo manifiesto cariño podía mostrar legítimo orgullo.

Midiendo la desgracia, pensé aprovechar la influencia que sobre él ejercía para hacerle comprender lo injusto de su proceder, pero un suceso imprevisto y cuyas consecuencias pudieron ser fatales, vino á enseñarnos en un momento más que cuanto hubiera yo podido desear.

(Se continuará.)

DUDAR NO ES VIVIR

POR

José Rogerio Sánchez.

(Continuación.)

Mi vida era entonces muy agitada, me veía muy adinerado, muy joven y también muy bien recibido por cuantas familias tenían alguna hija casadera.

Mis deseos y los consejos de mi amigo me inclinaban á tantear alguno de los partidos ventajosos que se habían presentado, pero... me faltaba resolución.

Así pasaba el tiempo; y héme aquí que, á pesar de mis riquezas y acaso por ellas, no era dichoso. Cuando al volver de nuestros paseos, ya entraba la apacible noche, veía elevarse en tortuosas espirales el humo de esas pobres chimeneas, cuántas veces envidié al cansado labriego, á quien esperaban sus pequeños leños de la humilde casucha, donde entrar saltando delante de él para comer su cena frugal que hubiera cambiado, créemelo, por los caros manjares traídos de lejanas tierras, pero ¡ay! «servidos» por manos mercenarias!

Bien; me atreví á interrumpir á mi